

Para vivir muchas vidas

SUSANA FORTES
Escritora

Susana Fortes, finalista del premio Planeta del año 2003, reflexiona sobre la lectura como una actividad para la evasión, sobre cómo los textos ficcionales enriquecen la cotidianidad hasta sobredimensionarla; y sobre cómo la suma de las lecturas es tan significativa como la suma de las experiencias en las vidas humanas.

La vida se salva antes por las cosas que somos capaces de imaginar que por las que de verdad suceden. En la biografía de cada uno de nosotros debería figurar no sólo lo que nos ocurre, sino también, y sobre todo, lo que se nos ocurre, es decir los sueños, los deseos y las fantasías que

nos habitan por dentro. Porque estos mundos imaginarios e íntimos tienen mucho más que ver con lo que somos que otras circunstancias, a menudo accidentales de nuestra vida. Pues bien, el alimento principal de esos territorios a los que me refiero, la sustancia nutricia que les permite sostenerse y crecer, son, sin duda, los libros. Cuando nos conmueve un paisaje detrás están nuestras lecturas, cuando pensamos o intuimos y olvidamos o nos enamoramos, también detrás están nuestras lecturas. Leer nos concede el don de vivir en otras épocas, de meter nos en la piel de otros personajes, habitar otras ciudades, sentir como propias emociones ajenas y desafiar, en definitiva, las leyes biológicas que nos tienen limitados a vivir una sola vida.

De los libros nos queda a veces una impresión lejana como de viento soplando en aquellos páramos por donde cabalgaban Catherine Linton y Heathcliff entre árboles de ramaje negruzco, mientras el cielo destellaba iluminado por el resplandor de los relámpagos, igual que si fuera esa misma luz la que les guiara por las corrientes secretas de la conciencia hacia una pasión hosca, y desafiante, y perdurable como sólo puede perdurar una condena.



James Joyce.

Otras veces de los libros nos llega la claridad de amplios campos de algodón, el olor de cafetales mojados, el perfil alargado de unas islas sobre un fondo confuso y rojizo con sangrientas llamaradas de guerra y humo por donde van desfilando contrabandistas y filósofos, revolucionarios, masones, negreros, esclavos, idealistas y fanáticos en un escenario convulso marcado a sangre y fuego por las nuevas ideas de aquel fascinante y cruel siglo de las luces.

En ocasiones lo que nos queda es apenas un gesto, la forma lenta e impasible en la que el detective Philip Marlowe prepara el agua de la cafetera, baja la llama, marca tres minutos en el reloj y lo tapa, sin que nada en absoluto pueda alterar su técnica de preparar café. Ni siquiera una pistola en manos de un tipo desesperado. En ese gesto se condensa todo su encanto, que tal vez no sea más que una forma peculiar de orgullo, y que, por alguna extraña y literaria razón, tendemos a identificar con una voz grave y oscura, la voz que le adjudicamos a esa clase escogida de hombres que siempre tiene el corazón dispuesto para elegir lo que menos le conviene.

En algunas novelas parece como si no pasara nada, pero sin embargo podemos adivinar en cada uno de sus episodios el transcurso de vidas enteras, como la mirada de Eveline cuando contempla un día de Navidad la nieve cayendo despacio sobre los tejados humeantes que cobijan el sueño de los dublineses; novelas en las que nieva sobre las calles desiertas, sobre los campos y los ríos y los cementerios y más lejos aún: en el corazón tan blanco de los hombres.

De otros libros nos queda en la piel un tacto de seda. Son historias con música propia que salen de un capullo misterioso y van abriendo caminos para acabar ante un lago que permanece inexplicablemente inmóvil, en una jornada de viento.



Emily Bronte.

Hay novelas navegables con intenso sabor a infierno, tan enigmáticas e inquietantes como un viaje al corazón de las tinieblas o al fondo del mar, donde se oyen los acordes melancólicos de un piano que suena en el salón vacío de un submarino a mucha profundidad.

Es algo muy antiguo, siempre que el hombre ha querido nombrar lo innombrable, bucear en los enigmas del universo o en los abismos de su alma, expresar un pensamiento, un deseo, antes de que existiera una palabra precisa que lo designase, entonces ha contado historias

I Reflexiones

Hay novelas que se destejen lentamente como ovillos de lana frente a un ventanal de invierno, en las que el tiempo pasa con lentitud; y otras, por el contrario, que leemos de prisa, con una urgencia compulsiva de salvamento. Hay novelas que nos hechizan con su misterio, que nos hacen soñar un futuro del que ya tenemos recuerdo, y hacen posible el milagro de que un adolescente de otro siglo conozca el amor antes de que pueda darle un nombre. Es algo muy antiguo, siempre que el hombre ha querido nombrar lo innombrable, bucear en los enigmas del universo o en los abismos de su alma, expresar un pensamiento, un deseo, antes de que existiera una palabra precisa que lo designase, entonces ha contado historias. Funciona así desde hace siglos, desde las hordas de cazadores que aliviaban su corazón junto a las fogatas de la tribu. Y continúa siendo así hoy, porque esa es nuestra for-

ma humana de percibir, de sentir y hasta de conocer el mundo, de anudarlo con la lengua de oro que nos concedieron los chamanes.

Estas novelas han trazado las huellas digitales de nuestra alma, han modelado nuestra sensibilidad, han conformado nuestro imaginario, nos han mostrado la materia ígnea, la trama delicada con la que se tejen los sueños. Son un pequeño foco de luz que ilumina nuestro territorio de sombras y nos redimen o nos condenan, pero sobre todo nos identifican. Porque en las páginas de los libros está todo cuanto somos, lo que hemos sido, lo que todavía podemos llegar a ser. Tienen algo premonitorio, algo que nos atañe íntimamente, que nos pertenece: es la parte del tesoro que hemos tocado con nuestras manos. Y si leemos esas páginas traspasando su umbral, descubriremos que en ellas ya estaba escrito nuestro destino. ☪